

Leg 53 paquete 12
356
W. 121

DISCURSO

SOBRE LA

PROPAGACION DEL CRISTIANISMO,

PRONUNCIADO POR EL PRESBITERO

D. GASPAR CASTOR SOLIVERES,

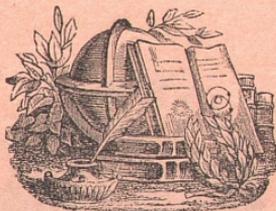
LICENCIADO EN SAGRADA TEOLOGÍA,

en la

RECEPCION DEL GRADO DE DOCTOR,

EN LA UNIVERSIDAD CENTRAL DE MADRID,

EL DIA 19 DE JUNIO DE 1852.



MADRID :
IMPRENTA DE LA ESPERANZA.

Valverde, 6, bajo.

1852.

BIENHECHOS

PROTECCION DEL CRISTIANISMO

EL ESTAR UNIDOS

14

REPORTE DE LA COMISION DE INVESTIGACION

EL ESTAR UNIDOS

COMISION DE INVESTIGACION

HTCA
U/Bc LEG 5-1 n°356 VA. BHSC. LEG.05-1 n°0356



1>0 0 0 0 2 7 9 1 1 1

DISCURSO

SOBRE LA

PROPAGACION DEL CRISTIANISMO

PRONUNCIADO POR EL PRESBITERO

D. GASPAR CASTOR SOLIVERES,

LICENCIADO EN SAGRADA TEOLOGIA,

EN LA

RECEPCION DEL GRADO DE DOCTOR,

EN LA UNIVERSIDAD CENTRAL DE MADRID,

EL DIA 19 DE JUNIO DE 1852.



MADRID :

IMPRENTA DE **LA ESPERANZA**, A CARGO DE D. A. PEREZ DUBRULL.

Calle de Valverde, núm. 6, cuarto bajo.

1852
UVA. BPPC-LEG.05-1 n°0356

DISCURSO

PROPAGACION DEL CRISTIANISMO

PRESENTE POR EL TRIBUNAL

D. GASPAR GASTON SOLIVERES

LICENCIADO EN SAGRADA TEOLOGIA

EN LA

RECEPCION DEL GRADO DE DOCTOR

EN LA UNIVERSIDAD CENTRAL DE MADRID

EL DIA 19 DE JUNIO DE 1882.



MADRID :

IMPRESA DE LA UNIVERSIDAD, A CARGO DE D. A. BERTH DUBREUIL

Calle de Valverde, núm. 6. quinto piso.

UV.A. BHSC. LEG. 05-1 n°0356

EXCMO. SR. :

HACE mas de diez y ocho siglos que Jesucristo vino á realizar un gran proyecto, un designio, el mas hermoso por su objeto, el mas vasto por su estension y el mas asombroso por su feliz éxito. Este proyecto, verdaderamente gigantesco, era nada menos que el de renovar la faz del mundo, enseñando una religion divina enmedio de las sombras y errores del paganismo, cumpliéndose de este modo la promesa consoladora hecha á nuestros primeros padres despues de su pecado.

Designio hemos dicho el mas hermoso por su objeto, pues se trataba, no de civilizar á un solo pueblo, al que debian dársele leyes sabias que reprimiesen sus feroces instintos y bárbaras inclinaciones, sino de reformar al mundo entero, regenerando al hombre, rectificando sus ideas

acerca de la divinidad; de atacar el mal en su mismo origen, purificando el corazon humano; de declarar la guerra á todos los errores, lo mismo que á todos los vicios; en una palabra, de crear un mundo cristiano en medio de un mundo idólatra. El cristianismo debia ser una creacion moral que saliese del caos de la corrupcion mas profunda y universal.

Designio el mas vasto por su estension: verdad es que en las historias, tanto antiguas como modernas, se encuentran sabios legisladores, héroes ilustres que formaron planes de reforma para el bien de sus semejantes, y los siguieron con tesson y habilidad; varones célebres que se distinguieron por el amor hácia sus hermanos; mas estos planes solo se estendieron á un pueblo, á una ciudad, á una nacion; pero el de Jesucristo se estiende á todo el mundo. Principió evangelizando á los habitantes de la Judea, su patria, y les anunció que por medio de sus discípulos ilustraria á las naciones todas, echaria por tierra el muro de division que las separaba, y uniria con los vínculos de una sola creencia al judío, al gentil, al griego, al romano, al bárbaro y al escita, estendiendo en el linaje humano un espíritu de union y benevolencia paternal.

Designio, por último, el mas asombroso por su éxito. Al escuchar la voz de los discípulos de Jesucristo, abren los hombres los ojos á la luz; conocen los estravios de su razon; los ídolos

caen por tierra hechos pedazos; el Evangelio riunfa, y la cruz de la redencion se ostenta gloriosa sobre las cúpulas del Capitolio de Roma y del Areopago de Atenas; las conquistas pacíficas de la religion se estienden por do quiera; se perpetúan de nacion en nacion, de siglo en siglo, hasta llegar á nosotros.

Esto, Excmo. Sr., no es mas que un simple bosquejo de Jesucristo considerado como fundador del cristianismo; pero bastante acaso para dar á conocer cuán superior es á cuanto pueda presentar la antigüedad á nuestra admiracion. Esto hacia ya decir en el siglo II al famoso Clemente de Alejandría: «Los filósofos griegos solo tienen crédito entre sus compatriotas, y aun entre estos no agradan á todos.» Platon se hizo discípulo de Sócrates, Fenócrates de Platon, Teócrates de Aristóteles, y Cleanto de Zenon. Estos filósofos no persuadieron mas que á un cierto número de sus sectarios; pero la palabra de nuestro divino Maestro no ha quedado ceñida á la Judea, como la filosofía á los límites de la Grecia: se ha estendido por toda la tierra, tanto entre los bárbaros como entre los griegos; ha llegado su persuasion á las naciones, á ciudades enteras y á las aldeas, y ha atraido á la verdad á un gran número de los que la han oido, y aun á muchos filósofos.

Nada han olvidado los incrédulos para oscurecer la gloria que por su prodigioso estableci-

miento resulta al cristianismo, y por consiguiente á su autor, y creen haberlo explicado todo con las palabras *supersticion, credulidad, fanatismo*; palabras que, á fuerza de aplicarse á todo, se han hecho ya insignificantes, y recurso cómodo de los que, por no tener otro, toman el partido tan poco generoso de condenar á los cristianos sin oírlos. Todos los esfuerzos de la impiedad se dirigen á exagerar los medios naturales que la religion de Jesucristo tenia para su propagacion, á disminuir la idea de los obstáculos que se oponian á su progreso, á escitar dudas muy infundadas sobre la grandeza y estension de sus triunfos.

Contra los que así piensan vamos á manifestar cuán rápida ha sido esta propagacion, haciendo ver cuán admirable ha sido.

La antigüedad, tanto sagrada como profana, nos manifiesta la verdad de este hecho, acreditado por los monumentos mas irrecusables: ellas nos demuestran hasta la evidencia la extraordinaria rapidez con que la religion cristiana se propagó por las naciones idólatras, y especialmente por las provincias del imperio romano.

Examinemos la sociedad cristiana desde su origen. Jesucristo, su divino fundador, escoge un corto número de discípulos, que, testigos primeramente de sus acciones y milagros, formados en su escuela, fuesen despues los propagadores de sus doctrinas. A estos les dice: «Así como

»Dios me ha enviado, yo os envío á vosotros : á
»mí se me ha dado todo el poder ; id á enseñar á
»todas las naciones.» Los apóstoles dan principio
á su mision en la Judea: el primer dia de su pre-
dicacion la nueva religion recibe en su cariñoso
seno á tres mil hombres, y solo un discurso de
San Pedro hace despues cinco mil prosélitos;
mas el odio de los sacerdotes y doctores de la
ley se conjura contra ellos ; les hace comparecer
ante los tribunales, y les prohíbe, bajo las penas
mas severas, predicar á Jesus Crucificado ; pero
ellos nada temen : llenos del espíritu de Dios, re-
sisten todos los ataques de sus enemigos : «Nos-
»otros, dicen, nosotros no podemos menos de
»anunciar lo que hemos visto y oido ; conside-
»rad si debemos obedecer á los hombres antes
»que á Dios.» Palabras llenas de sencillez y ener-
gía, que resonarán en todos los ángulos del
mundo, y suscitarán por do quiera magnánimos
defensores de la verdad, héroes ilustres que da-
rán dias de gloria á la religion sacrificando por
ella hasta su misma vida.

La obstinada obcecacion del judío acelera la
ilustracion del gentil ; la persecucion dispersa á
los apóstoles por los pueblos y naciones del mun-
do, y con ellos va la luz del Evangelio ; á su voz
despierta el paganismo ; las naciones se conmue-
ven, y principian á disiparse las negras sombras
de la supersticion. El Oriente y Occidente, el
Asia y el Egipto, la Grecia y la Italia, reciben

el Evangelio. Antioquía, Efeso, Atenas, Corinto, Tesalónica, Alejandría y Roma ven formarse en su seno fieles hijos de la Iglesia, que adoran á su Dios en espíritu y en verdad; á los pocos años de la muerte de Jesus, dirige ya San Pedro su primera epístola á los cristianos esparcidos por el Ponto, por la Galacia, la Capadocia, el Asia y la Bitinia; San Juan funda y gobierna las iglesias del Asia menor; San Pablo, llamado el Apóstol de las gentes, escribe cartas á las que habia establecido en las ciudades mas famosas del imperio; Roma tambien oirá su voz; allí será aprisionado: mas la palabra de Dios no será encadenada. Pedro, el príncipe del Colegio apostólico, tambien irá á Roma; en ella fijará su silla, la que será ocupada por una serie no interrumpida de pontífices sus sucesores durante el trascurso de los siglos. Desde ella, como centro del orbe cristiano, se derramará la luz evangélica; y por conquistas innumerables y muy diferentes de las de Alejandro, llegará á ser la capital de un imperio espiritual, que no reconocerá otros límites que los del universo; ella será apellidada con verdad la Ciudad eterna.

Mueren los apóstoles; pero no espirará su ardiente celo: es verdad que no saldrán de sus cenizas vengadores terribles que esterminen á sus enemigos; pero tendrán herederos generosos de sus fatigas, de sus trabajos y de su sublime vocacion. ¿Cuántos é infinitos testigos se pudieran

presentar de las conquistas prodigiosas del Evangelio! Díganlo los Justinos, Irineos, Clementes de Alejandría, Tertulianos, Eusebios, y otra multitud de varones ilustres por su virtud y doctrina. Criados algunos en el seno del paganismo, cultivaron la filosofía humana y defendieron con ardor las máximas supersticiosas de la idolatría; mas apenas la luz del Evangelio iluminó sus almas, cuando abrazaron denodados aquella misma religion, que antes miraran con desprecio y que veían estenderse por el universo con tanto esplendor y rapidez.

Cincuenta años despues de la muerte del Evangelista San Juan escribia San Justino estas notables palabras: «Me valdré del testimonio de »los diferentes pueblos de la tierra, griegos, »bárbaros, ó de cualquier otra raza de hombres, sean cuales fuesen sus denominaciones y »costumbres, aunque estén atrasados en las artes y en la agricultura, ora vivan en tiendas de »campaña, ora anden errantes por los bosques, »transportando sus habitaciones de region en region; no existirá un sólo pueblo en donde no se »hayan hecho peticiones en nombre de Jesucristo »al Padre y Criador de todas las cosas.»

Tertuliano, en el segundo siglo de la Iglesia, escribe á los romanos: «Ayer nacimos, y hoy »llenamos todo vuestro imperio; las ciudades, »las islas, los castillos, las villas, las aldeas, los »campamentos, las tribus, las decurias, los pa-

»lacios, el senado y el foro: solo os dejamos vuestros templos, y sin armas ni rebeliones podríamos combatirlos, solo con separarnos de vosotros; porque si, componiendo tan grande muchedumbre, nos retirásemos á cualquier parte del mundo, se veria confundida vuestra dominacion con la pérdida de tan gran número de ciudadanos; su separacion sola seria vuestro castigo, y os estremeceríais de la soledad en que os dejaria este silencio general, y del estupor en que quedaria como sumergido vuestro imperio.» Veamos tambien cómo se esplica este mismo escritor en otra ocasion: «Mas de cien años antes de Constantino, Escápula, gobernador de Africa, se manifestaba inclinado á la persecucion, y Tertuliano, para disuadirle, le dirige un escrito, en que le pregunta de cuántas hachas y cuchillas necesitaria para tantos miles de víctimas de todos estados, edad y condicion como tendria que sacrificar: en él realza la inviolable fidelidad de los cristianos, alegando que nunca habian abusado, para rebelarse contra el imperio, ni de sus fuerzas ni de su número. Formamos, dice, casi la mayor parte de los habitantes de cada ciudad. *Pars pene major civitatis cujusque.*»

Pero si á pesar de la conformidad de todos los monumentos eclesiásticos acerca de la rapidez con que se propagó el cristianismo desde los primeros siglos, vacila todavia el incrédulo, sin

saber él mismo por qué, tenemos aun, si quiere abrir sus ojos á la luz, otros medios de ilustrarle por los testimonios mas positivos de la antigüedad pagana. Podemos citarle á Tácito, el cual nos enseña que desde el origen del cristianismo, bajo el imperio de Neron, causó asombro en Roma el descubrimiento de la multitud de cristianos que allí habia, *multitudo ingens*. Podemos citarle á Plinio el menor, gobernador de Bitinia, quien, como sesenta años despues de las primeras predicaciones de los apóstoles, escribia al emperador Trajano que el cristianismo era profesado por un número muy grande de personas de todas edades y condiciones. *Omnis ordinis*. Y que de tal manera se habia estendido como un contagio, no solamente por las ciudades, sino tambien por las aldeas y los campos, que encontraba abandonados los templos de los dioses. Podemos citarle á Lampridio, escritor pagano de la vida de Alejandro Severo: este príncipe, afecto á los cristianos, tuvo intencion de mandar construir un templo á Jesucristo, y le disuadieron de ello los sacerdotes de los falsos dioses, diciéndole que si llevaba adelante este proyecto todo el mundo se haria cristiano y quedarian desiertos los demas templos. ¡Tanta era la muchedumbre de paganos que acudian á la Iglesia cristiana, y tanto el temor que, en vista de la prodigiosa multiplicacion de los cristianos, tenian los sacerdotes de los ídolos de que se

hiciese universal el cristianismo ! Podemos tambien citarle los edictos mismos de los emperadores. Eusebio, escritor contemporáneo, nos ha conservado dos edictos de Maximino II, el primero de persecucion que dice Eusebio haber visto y leído en Tiro grabado en una columna. En él se lamentaba el tirano de los males del imperio, que atribuía al pernicioso error de los cristianos, el cual, introduciéndose en los entendimientos, habia estendido sus tinieblas por casi todo el mundo. *Universum propè dixerim orbem terrarum confusione quãdam opresit.* El segundo edicto es una carta de tolerancia sugerida por la política, al principio de la cual espone Maximino que los emperadores Diocleciano y Maximiano se inclinaron á usar de crueldad contra el cristianismo, viendo que casi todos los hombres abandonaban el culto de los dioses para hacerse cristianos. *Omnes ferè homines relicto deorum cultu.* ¿Qué prueban todos estos monumentos de la antigüedad, tanto cristiana como pagana, y que con tanta claridad demuestran la admirable propagacion de la religion cristiana ? Que esta religion es divina, pues contraria á las preocupaciones y pasiones, á quienes hace una cruda guerra; destituida de todo auxilio humano; impugnada ya desde su misma cuna con todas las armas que han podido imaginar la impiedad y el error, la vemos, sin embargo, estendida con tal rapidez por todo el

mundo : solo puede tener á Dios por su autor y protector. Examinemos los obstáculos que se oponian á su establecimiento: era opuesta, como ya hemos dicho , á las preocupaciones. Cuando los apóstoles dieron principio á su predicacion, estas dominaban al corazon humano: tanto el judío como el gentil, se gobernaban por ellas; era necesario convencer al primero á que adorase como verdadero Dios y reconociese como Mesías y libertador del linaje humano aquel mismo á quien creia malhechor y en cuyo concepto habia sido condenado por sus compatriotas á la muerte mas cruel é ignominiosa. Era indispensable persuadir al segundo á que abandonase sus mentidas deidades y mirase como locura sus ídolos; que echase por tierra sus templos y arruinase sus altares; á que detestase los sacrificios y supersticiones por tanto siglos practicados; que venerase como verdadero Dios á Jesús Nazareno, crucificado por los judíos.

La religion cristiana se oponia tambien á las pasiones que tan profundas raices habian echado en el corazon del hombre; no admite ningun vicio; á todos les declara guerra cruda; enseña preceptos duros y austeros, cuales son: amar á los enemigos; hacer bien á los que nos aborrecen y orar por los que nos persiguen y calumnian; huir de los deleites; amar la pobreza; despreciar las riquezas. Promete, es verdad, bienes á los que sigan sus máximas y doctri-

na; pero bienes futuros y superiores á nuestra miserable comprension. Tambien vemos á esta religion divina privada de todo auxilio y valimiento propios para encontrar proteccion entre los hombres; sus primeros predicadores son unos pobres pescadores sin riquezas, sin armas, sin ninguna elocuencia; no promete ningun bien temporal en esta vida á sus seguidores; antes al contrario, les dice que sufrirán trabajos, ignominias y contumelias por el nombre de Cristo, y que, á imitacion de su divino Maestro, infinitos de ellos serán recompensados con atroces suplicios y muerte ignominiosa; las potestades terrenales, en vez de protegerles y ampararles, son sus mas terribles enemigos; así es que vemos á esta religion divina combatida terriblemente desde su principio; contra ella se conjuraron el paganismo en todo su apogeo, la sutil filosofia, la elocuencia y la política, la supersticion de los pueblos, la envidia de los sacerdotes, la perfidia de los judíos y la crueldad de los tiranos; y, sin embargo, se estiende por todo el mundo, y los pueblos y las naciones se postran humildes ante la cruz de Jesucristo. No solo se estiende prodigiosamente, sino que permanece y permanecerá estable, cual roca indestructible que en medio de los mares es agitada por las olas; mas de mil ochocientos años há que existe rodeada de peligros y persecuciones, sosteniendo los mas terribles combates, y aun la vemos y la veremos

triumfante del error y de la mentira elevarse radiante de gloria sobre las ruinas de los pueblos y de los imperios: ni el poder de los tiranos, ni la obstinacion de los herejes, ni las maquinaciones de los innovadores, ni la corrupcion de muchos de sus hijos, ni el tiempo, que todo lo destruye, han podido prevalecer contra ella: ¿quién no reconocerá el poder y la obra de Dios en esta religion, siempre combatida y siempre victoriosa? La sabiduría de los hombres, sin embargo, ha sido confundida, trastornadas todas las ideas ordinarias, y la locura de la cruz ha triunfado del universo.

Ved aquí, Excmo. Sr., el inmortal monumento de la divinidad de la religion cristiana; solo nos resta esclamar con un sabio escritor: «Señor: si siendo cristiano me engaño, vos sois el que me engañais; pues esta religion va marcada con caractéres que solo vuestra divina mano ha podido imprimir. *Domine, si error est á te decepti sumus.*»

He dicho.

LICENCIADO,

Gaspar Castor Soliveres de Miera.



Madrid 19 de junio de 1852.

C. V. A. B. H. S. C. LEG. 05-1 n° 0356

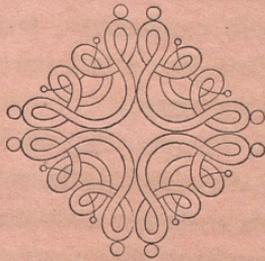
trinitario del error y de la mentira elevarse trinitario de gloria sobre las ruinas de los pueblos y de los imperios: ni el poder de las tiranías, ni la obstinación de los herejes, ni las maquinaciones de los innovadores, ni la corrupción de muchos de sus hijos, ni el tiempo, que todo lo destruye, han podido prevalecer contra ellas. ¿Quién no reconocerá el poder y la obra de Dios en esta religión, siempre combatida y siempre victoriosa? La sabiduría de los horizontes, sin embargo, ha sido combatida, trastornada todas las ideas ordinarias, y la locura de la cruz ha triunfado del universo.

«Ved aquí, Excmo. Sr., el inmortal monumento de la divinidad de la religión cristiana: solo nos resta exclamar con un sabio escritor: «Señor: si siendo cristiano me engaña, vos soy el que me engaña; pues esta religión va marcada con caracteres que solo vuestra divinidad os habéis dado imprimir. Dominus, si error est non in hocipit sumus.»

El dicho.

LIBRERÍA

Compañía de los Señores de Alarcón



UVA. BHSC. LEG.05-1 n°0356